

UN CENTENARIO: BALMES, FILÓSOFO,

POR FR. NORBERTO DEL PRADO, O. P.

Aunque atrasadamente, no querernos dejar de testimoniar nuestra admiración al ilustre autor de «El Criterio», cuyo centenario ha celebrado España entera y especialmente Vich, ta cuna del filósofo cristiano, recientemente. La falta de espacio y demasia de inaplazables originales ha sido causa de que no hayamos antes consagrado unas páginas que de todo corazón dedicamos hoy á tan esclarecida inteligencia. Plácenos contar con la colaboración del ilustre Fr. Norberto del Prado, cuya competencia es de tanta oportunidad y valia.

I

He aquí tres rasgos de su fisonomía intelectual.—El primero, y como primero el que sirve de fundamento á los demás, es la sensatez de juicio cuando discurre y filosofa. Balmes merece ser apellidado el filósofo del buen sentido. No se paga de puros idealismos; ni para ser filósofo, cree sea necesario decir cosas raras ó extravagantes, ó emplear á lo menos un lenguaje fuera del común hablar que nadie entienda; no busca tampoco lo peregrino ó sorprendente, sino lo racional, lo fundado, lo verdadero, ó lo que presenta mayores probabilidades de serlo.—Habla también con sencillez y llaneza, no desprovistas de animación ni de elegancia; con el noble objeto de que cuantos tengan uso de razón, y la razón un poco despabilada, puedan sin grandes esfuerzos llegar á entenderle. Es un filósofo que procede, como de punto de partida, de esa luz intelectual primera, denominada *uso de razón*, y lleva como blanco de sus miras en el proceso de sus discursos, procurar que esa luz del entendimiento se acreciente y ese *uso de razón* se perfeccione y complete. El discurrir procede siempre del entender; y sólo el entender de nuevo, y con mayor claridad ó amplitud, constituye el término real del movimiento discursivo de la inteligencia.—Este primer rasgo fisonómico del entendimiento de Balmes aparece puesto de relieve en

aquellas juiciosas palabras con que cierra el libro primero de su «Filosofía fundamental», discurriendo sobre el origen y condiciones de la certeza: «Por mi parte no quiero ser más que todos los hombres; no quiero estar reñido con la naturaleza; si no puedo ser filósofo sin dejar de ser hombre, renuncio á la filosofía y me quedo con la humanidad.»

Balmes es ante todo un filósofo sensato, bien persuadido que ni hay sabiduría sin prudencia, ni filosofía sin cordura.

II

Otro de los rasgos característicos de Balmes como filósofo, es un profundo respeto y admiración por Santo Tomás y sus doctrinas. Basta abrir los escritos del filósofo de Vich, tan numerosos como ricos de ideas, y hojearlos, aunque sea al azar, para encontrar pruebas manifiestas de ello. En su «Historia de la filosofía», en la revista misma *La Sociedad*, en las «Cartas á un escéptico», en el precioso y originalísimo libro «El Criterio», y principalmente en su excelente obra «El Protestantismo comparado con el Catolicismo» y á lo largo también de los ingeniosos y penetrantes análisis de su «Filosofía fundamental», se tropieza á cada paso con el nombre glorioso de Santo Tomás de Aquino, con citas y comentarios de sus textos, con ardorosos y sinceros elogios de la importancia de sus incomparables doctrinas, con magníficas ponderaciones de la grandeza y sublime verdad de sus pensamientos, y hasta con páginas enteras, escritas con calor y brillantez, consagradas á poner de relieve la obra providencial llevada á cabo por el Ángel de las Escuelas en los vastos dominios de la filosofía y de la teología. El nombre de Santo Tomás no sale nunca de la boca de Balmes, sino acompañado de alabanzas. Las enseñanzas del Angélico Doctor llenan los escritos del filósofo de Vich, esmaltándolos de luz y de verdad. Para todas las partes ó tratados filosóficos del Santo Doctor brota de la pluma de Balmes alguna sincera loa ó ardiente recomendación. Santo Tomás es presentado siempre como «eminente metafísico», como «el organizador de la filosofía escolástica», como «el dominador de la anarquía intelectual de las escuelas», como «uno de los entendimientos más claros, más vastos y penetrantes con que puede honrarse el linaje humano».—Y cuando le ocurre hablar de la «Metafísica» de Santo Tomás, salen continuamente á relucir los epítetos de «sólida», de «profunda», de «luminosa», de «sublime» y de otros

parecidos y gloriosos calificativos, que atestiguan bien á las claras el alto aprecio en que Balmes la tenía y la poderosa y honda impresión que en su alma producían tales estudios y tales lecturas.—Y sin embargo, fuerza es confesarlo, no parece que Balmes se haya formado completa idea de la síntesis ontológica de Santo Tomás ni que haya logrado comprender á fondo la unidad verdaderamente sublime de sus especulaciones metafísicas. El libro quinto de la «Filosofía fundamental», donde el filósofo de Vich analiza la idea del *ente*, no deja lugar á duda. Al llegar aquí nos viene á la memoria el recuerdo de un pasaje y de una observación curiosa que Balmes nos legó escritos en las notas del «Criterio». Son aquellas palabras de Quintiliano, traídas á cuento por Balmes á propósito de los hombres grandes: *Summi enim sunt homines tamen*; y que el mismo Balmes traduce así en forma de glosa: *Por ser grandes hombres, no dejan de ser hombres, y de manifestarlo así en los errores, olvidos y defectos de sus obras.*—También á Balmes hay que colocarle entre los grandes hombres, por aquello de ser hombre, por más que no deje de ser *grande*. Yo no diré que ha sido un error ó que constituye un defecto de su «Filosofía fundamental», aunque acaso no falten razones para decirlo y hasta para asegurarlo; pero no cabe duda que ha sido un *olvido*, y un olvido inexplicable en Balmes; un olvido, repito, de cuanto sobre esos problemas de filosofía primera había con tanta precisión y luminosa profundidad declarado Santo Tomás en sus comentarios sobre los libros de Aristóteles, sobre el libro de *Causis*, sobre los libros de Boecio, en sus opúsculos de «Ente et Essentia et de Angelorum natura», en sus «Cuestiones disputadas», en sus «Quolibetos», en sus dos inimitables «Summas»,—Olvido, y olvido al parecer inexcusable, ha sido el de Balmes el no haber examinado los puntos más fundamentales de la Ontología á la luz clarísima de esa Metafísica del Ángel de las Escuelas, que Balmes tanto pondera y no se cansa de admirar. Y ¡cuánto hubiera ganado su «Filosofía fundamental», si Balmes al tratar de la distinción entre la esencia y la existencia, hubiera llamado á examen uno por uno los siete magníficos argumentos consignados por Santo Tomás en el capítulo 52 del libro 2.^o de la «Summa contra gentes!» Allí hubiera encontrado Balmes juntas en uno la idea del ser y todas las ideas generales de cuya combinación nace la Ontología! Allí habría contemplado el filósofo de Vich todas las ideas-madres agrupadas en torno de la idea del ser y comunicándose mutua luz y recíproca clari-

dad: ideas que son como «las raíces del árbol de las ciencias humanas»; y que de la Ontología, tronco de ese árbol, «circulan por todas las demás ciencias como un fluido vivificante». Allí habría descubierto finalmente el camino real por donde Santo Tomás, apellidado el Doctor del *Cami Real*, sube con paso firme y seguro á las cimas de la filosofía primera para demostrar «la necesidad de la creación».—Seguro estoy que desde estas alturas, Balmes dando rienda suelta á su entusiasmo filosófico, proclamaría á los cuatro vientos la verdad fundamental de la filosofía cristiana según las soberanas enseñanzas de Santo Tomás de Aquino.

III

Empero si Balmes no siempre logró ver claro en lo relativo á la metafísica de Santo Tomás, siempre, sin embargo, permaneció fiel discípulo y seguidor del Ángel de las Escuelas en otra cualidad muy recomendable á todo verdadero sabio: y ésta es otra nota característica del filósofo de Vich.—Me refiero á la moderación en el juzgar, á la templanza en la exposición de sus doctrinas, á la modestia en el modo de manifestar sus propios pareceres: cualidades conformes al espíritu del Evangelio, y que Balmes admiraba también en el Doctor Angélico. De Balmes puede repetirse lo que de los escritos de Santo Tomás tanto pondera el mismo Balmes en el capítulo 71 de su «Protestantismo»: «Allí no se oye más que la palabra de la inteligencia que va desenvolviendo sosegadamente sus tesoros». Balmes aparece constantemente animado y guiado siempre en sus investigaciones y en la expresión de sus pensamientos por el sincero amor de la verdad. Con tanta ó mayor razón cabe afirmar de Balmes como filósofo lo que él escribió de otros eminentes pensadores: «No sabía dar un paso en el orden intelectual sin dirigir una mirada al Autor de todas las luces, ni acertaba á escribir una página donde no pudiese la palabra *Dios*» (1).—En los escritos de Balmes se advierte y deja percibir más de una vez «aquel sentimiento grave y profundo», que él mismo nos describe bajo el epígrafe: «Aspiraciones del alma humana», en el capítulo 18, libro 4.^o de su «Filosofía fundamental», diciendo: «Es una expansión del alma que se abre al contacto de la naturaleza, como la flor de la mañana á los rayos del sol; es una atracción divina con que el Autor de todo lo

(1) «Filosof. fundam.», lib. 1.^o, cap. 9.

criado nos levanta de este montón de polvo en que nos arrastramos por breves días. Así se armonizan el entendimiento y el corazón; así éste presente lo que aquél conoce; así se nos avisa por diferentes caminos que no creamos limitado el ejercicio de nuestras facultades á la estrecha órbita que se nos ha concedido sobre la tierra; guardémonos de helar el corazón con el frío de la insensibilidad, y de apagar la antorcha del entendimiento con el desolante sople del esceptismo».

—Pensador sensato, discípulo ardiente y admirador de Santo Tomás, Balmes es el tipo del filósofo cristiano.

Vergara, Noviembre 1910.

PENSAMIENTOS DE BALMES

No está la dificultad en *conocer*, sino en *advertir*.

Hay bastantes cabezas que son libros y hasta bibliotecas; pero pocas inteligencias.

El dar reglas secas de lógica á un niño me parece una teoría de andar, explicada al niño que está en andadores.

Para aprender bien una lengua es poca cosa la gramática.

El divorcio de la religión y de la política es un imposible, la razón lo convence, la experiencia lo atestigua.

Un genio es una fábrica; un erudito, un almacén.

Mal y bien; he aquí unas palabras de mal definir.

Talento; ¡qué palabra tan vaga! Sus definiciones y clasificaciones darían lugar á una grande obra.

El precepto contra las usuras es profusamente económico; pues que de suyo tiende á destruir *zánganos*, lo que es muy favorable á la producción.